



# Somos la ficción favorita de un dios traicionero

Carolina Lopera

*Antes que nada, soy una lectora. Filóloga Hispanista de la Universidad de Antioquia. La escritura ha sido la consecuencia inevitable de largas horas de lectura y reflexión. Encuentro placer en los ríos de palabras que son los crucigramas. Juego a ser mi peor crítica literaria, carolina.castanol@udea.edu.co*

<sup>1</sup> Juan Carlos Onetti, *Los adioses* (Barcelona: Seix Barral, 1985).

Noches enteras dedicadas a desenmarañar la teoría de los formalistas rusos, soñando con Bajtín en su destierro de la Siberia contándole como en un país de Latinoamérica aún seguía estudiando sus pensamientos; aun después de tomar miles de cafés con la narratología de Mieke Bal, a quien imaginé en mis desvelos como hombre, me debo disculpar por eso, aun después de eso, es necesario admitir que la gran revelación fue haber entendido que los narradores pueden mentir.

Si la literatura es hija de su época, significa que detrás de cada mundo ficcional hay una realidad que nos habla a través de personajes y situaciones inventadas por un autor de carne y hueso. Al acercarnos a un nuevo relato, aceptamos de entrada la ficción y no buscamos una copia fidedigna de los hechos, nos entregamos a la mano de un narrador, que rara vez corresponde al autor, y nos dejamos contar una historia. ¿Qué sucede, entonces, cuando la voz que debe servirnos como guía pudiese mentir? ¿No representaría aquello la anulación del mismo texto ya que si se cuestiona un solo detalle o acontecimiento significaría que lo que estoy leyendo no es verosímil y por tanto no creíble?

En mi clase de teorías literarias, el profesor siempre fue muy enfático en la importancia de leer teoría, crítica y productos literarios paralelamente. Como filólogos, entender y comprender esos tres universos, nos diferenciaría de cualquier otro profesional, eso nos decía y creo que aún lo dice. Él ya había elegido meticulosamente las lecturas para el curso, todas estas nos preparaban para el desafío final: analizar narratológica y críticamente la novela *La Casa Grande* de Samudio. Pero esta crónica no es sobre esta hazaña.

Habíamos pasado largas horas leyendo y analizando *La vorágine* de José Eustasio Rivera. Nos habíamos adentrado en la selva oscura y encantadora de la mano de Arturo Cova. Nos tocó salir sin él, la selva se lo había tragado. Ahora, según el cronograma, seguía la novela corta, *Los adioses*<sup>1</sup>. Habíamos leído varios cuentos de Onetti en clase, preparándonos, tal vez, para esta historia. —Léanlo varias veces— nos aconsejó. Ilusa completamente de lo que venía, solo lo leí una vez y me concentré en otras materias.

Bajo la premisa de “pueblo chico, infierno grande”, la historia de *Los adioses* se sitúa en un pueblo pequeño entre las montañas

donde frecuentemente llegan personas enfermas de tuberculosis para iniciar un tratamiento a largo plazo que los obliga a convivir con las personas del pueblo. El almacenista, un enfermo recuperado que vive con tres cuartos de pulmón, nos cuenta la historia de un jugador de baloncesto que llega al pueblo y se niega a aceptar su condición de enfermo. Rápidamente, su presencia se queda en la vida de todos en el pueblo y más cuando encuentran su cuerpo sin vida.

Al llegar el día anunciado en el calendario para la discusión de la novela, el profesor nos recibió con un —¿Quién lo mató?—, empezamos a lanzar conjeturas, podría tratarse de un suicidio o la venganza de alguna de las mujeres involucradas en la historia. A medida que explicábamos las diferentes versiones, se veía en la cara del profesor un poco de desilusión y sorpresa. Nos mandó a callar y dijo: —Al parecer ninguno comprendió la novela porque claramente el narrador los engañó, él lo mató.

En ninguna parte de la historia el narrador pronuncia su culpabilidad o actuación en el crimen. Habiendo leído desde niña los diferentes cuentos sobre detectives y asesinatos, había detectado que siempre hay, en las narraciones, indicios lógicos que desenmascaran al culpable y su motivación. ¿Por qué el almacenista mataría a un forastero tuberculoso jugador de baloncesto? A primera leída no encontraba rasgos de novela negra en el texto y aunque el crimen era el momento culmen del relato, no pasó por mi mente darle importancia al autor del crimen, de igual forma, como ya se nos había revelado desde el inicio, probablemente el jugador de baloncesto no sobreviviría a la enfermedad o a la cura.

Me negaba a creer en el engaño, si bien los personajes mentirosos o las mentiras han existido desde siempre en la literatura, no había nada, a simple vista, en el texto, que nos llevara a esa conclusión. —Claro que sí lo hay, hay silencios—. Proseguía el profesor en su explicación. —Los silencios pueden decir mucho y en este caso nos plantea la intención del narrador de esconder y cambiar partes de la historia.

Además, un silencio clave y un cambio tanto de esquema como de sentido donde se da una “vuelta de la tuerca” y gracias a eso sabemos que el narrador no es fiable y por ende, es el culpable.

Estupefacta por la explicación, le interrogaba al profesor por qué un narrador nos mentiría y entonces, ¿qué era verdad y qué no? Empecé a dudar de todos los cuentos y novelas. Estaba segura de que había omitido silencios, cambios de escritura y de ritmo y si esto cambiaba lo que había leído de todas ellas, entonces ¿debo releer cada texto? Esto significaría tal vez que el recuerdo de Aureliano Buendía conociendo el hielo era una manipulación del narrador, tal vez este narrador omnisciente de Macondo era Melquíades justificando su accionar.

“La otra vuelta de la tuerca” es una expresión acuñada por Henry James<sup>2</sup> que busca explicar esos giros en que se agrega algo novedoso a la historia, cambiando, casi siempre, el transcurso o el entendimiento de los hechos. Estos giros son frecuentes en la novela negra, se guardan para el momento más importante y climático donde se revela el quién y el porqué. Ha habido miles de productos literarios y audiovisuales que abusan indiscriminadamente, muchas veces intencionalmente, de esta herramienta. Sin embargo, en esta novela el momento más importante y revelador era representado por un silencio y un cambio de estilo y de tema. Se podría decir que se trataba de una evasión al omitir información.

Me llevó un tiempo de relectura e investigación aceptar esta tesis. Efectivamente, el narrador se comportaba como una persona mentirosa y nos hacía dudar de su intención al contar la historia. Después de esto, no pude menos que sentirme engañada por todos los autores que se sentaban en sus escritorios y se sentían con el derecho de darnos lecciones.

“La omisión es traición”. Hemos escuchado frecuentemente este dicho entre conversaciones de café. Así me sentía yo como lectora de la novela. Onetti me había traicionado y me presentaba la historia de un

<sup>2</sup> Henry James, *La otra vuelta de tuerca* (Calixta Editores SAS., 2019).

mentiroso, pero ¿qué hay más humano que un mentiroso? Como no podía estar más que impactada por el ingenio de este escritor al mostrarme que ni en los libros debería confiar, al fin y al cabo, estamos leyendo mentiras.

Nunca más volví a entrar dócilmente a un libro. Y creo que esa siempre fue la idea del profesor, quitarnos la idea de la cabeza de que los libros son creaciones mansas. El libro, al igual que su autor, puede ser emocional, prejuicioso, mentiroso, violento y, de igual modo, puede ser afectuoso, esperanzador, efusivo y demás características que nos hacen humanos. Dios nos ha traicionado al hacerse el escritor de esta ficción llena de mentirosos y sus silencios. 📖

